

Ganancia absoluta

«Sus cosechas serán abundantes porque las protegeré de insectos y enfermedades. Las uvas no caerán de las vides antes de madurar —dice el Señor de los Ejércitos Celestiales—.

Entonces todas las naciones los llamarán benditos, porque su tierra será un deleite». Malaquías 3: 11, 12, NTV

Recuerdo a mi abuelo paterno como un hombre cristiano, emprendedor, muy próspero y bendecido por Dios. Hasta el final de sus días fue dueño de aproximadamente treinta y cuatro hectáreas de terreno, donde cultivaba gran variedad de alimentos.

Se podía percibir la diferencia de sus cosechas con las de los demás campesinos del área. Todos quedábamos admirados con el tamaño, la calidad y la cantidad de sus productos.

Al ver tanta bendición, pocos podían imaginarse cómo fue el comienzo de mi abuelo en estas tierras. Cuando llegó a ellas, poco después de la guerra, tenía dos niños pequeños, su esposa y muy escasos recursos. Trabajó arduamente y enseñó a sus hijos para que lo ayudaran, pero no fue su arduo trabajo ni la calidad del terreno lo que él reconocía como el secreto de su prosperidad. Para él, tal bendición consistía en que su socio principal era Dios, de cada cosecha le apartaba cuatro porciones: las primicias (primeros frutos de la cosecha), la inversión (dos surcos de cada campo), el diezmo y las ofrendas.

Aunque para muchos esto era una gran pérdida, para él era una ganancia absoluta, pues estaba negociando con Dios, el dueño de todos los recursos en esta tierra.

Muchos hoy en día no le ven el valor a ofrendas como la inversión y las primicias,

ignorando que Dios es el dador de todos nuestros beneficios y que tiene derecho sobre todos ellos. Hemos de considerar, en primer lugar, los derechos de Dios sobre nuestras ganancias; pues quienes honran a Dios con sus recursos, disfrutarán de una bendición especial.

«Los hombres han perdido mucho a causa de su espíritu egoísta y avaro. Si hubiesen reconocido con plenitud y voluntariamente los requerimientos de Dios y si los hubiesen satisfecho, su bendición se habría manifestado aumentando la producción de la tierra. Las cosechas habrían sido más abundantes. Las necesidades de todos habrían sido ampliamente satisfechas. Cuanto más demos tanto más recibiremos» (*The Review and Herald*, 8 de diciembre de 1896).

Te invito a que tengas en consideración la promesa divina que aparece en Proverbios 3: 9, 10: «Honra a Jehová con tus bienes y con las primicias de todos tus frutos; entonces tus graneros estarán colmados con abundancia y tus lagares rebosarán de mosto».

En mi familia se ha cumplido esta promesa, ¿deseas que se cumpla también en la tuya?

Pr. Eduardo Lorenzo Iñigo,
presidente de la Misión Villa Perla,
Cuba.